

**COINCIDENCIAS Y DISCREPANCIAS EN TORNO A LA
CARACTERIZACIÓN DEL FRANQUISMO COMO FASCISMO. RÉPLICA AL
PROFESOR FERRAN GALLEGO**

Miguel Ángel del Arco Blanco
Universidad de Granada

Es sano que el historiador se plantee, al escribir su obra, si tiene lectores y, por tanto, si puede ser útil para la sociedad. También lo es que, cuando escribimos, entablemos debates sobre las cuestiones abordadas, contribuyendo a la reflexión mutua y al avance de un conocimiento crítico que, como tal, tiene que ser compartido y común. Tengo que admitir que, cuando leí con atención la réplica del profesor Ferran Gallego Margalef a mi artículo “¿Fascismo en las instituciones del *Nuevo Estado*? Personal político, cultura política y participación en el franquismo, 1936-1951”, disfruté como pocas veces antes del oficio del historiador y del sentido último de escribir Historia.

Como el profesor Gallego afirmaba en su extenso y profundo texto, con él no sólo pretendía cuestionar o reflexionar sobre algunos aspectos que yo planteaba en mi artículo, publicado en un dossier en la revista *Rúbrica Contemporánea* (Vol. 3, Núm. 5, 2014), sino ahondar en algunas cuestiones relativas al franquismo y al fascismo que venían derivadas de él. Vaya por delante: tengo que agradecer a Ferran Gallego, destacado historiador del siglo XX, no sólo que haya comenzado el diálogo, sino también que lo haya hecho de manera tan elegante en las formas y tan brillante en el fondo por la calidad y complejidad de sus argumentaciones. Algo que no me sorprende, debido a nuestra participación en el *Seminario Interuniversitario de Investigadores del Franquismo* (SIIF), del que ambos somos integrantes.

No pretendo con esta réplica someter a comentario todos los aspectos que él anota o desarrolla en sus observaciones a mi artículo. Hacerlo supondría elaborar un texto demasiado extenso que, en el fondo, alejaría a los posibles lectores del debate. Tampoco pretendo presentar un relato repleto de notas bibliográficas: primero porque el profesor Gallego no lo hizo y sería descortés no responder de la misma forma; y

segundo porque requeriría una escritura más elaborada que retardaría mi réplica y restaría frescura al debate.

Propongo dividir mis reflexiones en dos grandes bloques, con el fin de clarificar el debate y exponer claramente mis argumentos. Por un lado resaltar aquellas cuestiones en las que coincido con Ferran Gallego; por otro, esbozar en las que discrepo. Termino con unas ideas finales sobre la caracterización del franquismo y el fascismo.

1. Coincidencias en torno al estudio de la guerra civil y el franquismo

Relatamos a continuación, quizá de forma demasiado esquemática, aquellas reflexiones en las que coinciden las visiones de Ferran Gallego y las mías. Algunas de ellas ya estaban explícita o implícitamente mencionadas en mi texto sobre el personal político del “Nuevo Estado” o en otros trabajos precedentes. Otras están contenidas en la réplica del profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona, y creo pertinentes entresacarlas y resaltarlas.

La primera aseveración que queremos destacar va disparada a la utilidad del debate que sostenemos, resaltada por Gallego en la última página de su réplica: es necesario estudiar el fascismo, bajo el convencimiento de que existió, delimitando su naturaleza, acciones y consecuencias. Bajo mi punto de vista es éste un deber social esencial del historiador del siglo XX, que debe posicionarse sin ningún tapujo frente a él, descartando cualquier apelación a la “objetividad” o al “apoliticismo” –del todo imposible y tampoco deseable– del historiador. Precisamente esta reflexión, referida al estudio de la Historia, fue sostenida por un historiador al que le tocó vivir y sufrir hasta sus últimas consecuencias al fascismo: Marc Bloch. No sería difícil que fuese firmada por Tim Mason, brillante historiador del fascismo, al que Ferran Gallego se refiere en su réplica.

La segunda reflexión es el nexo de unión entre las afirmaciones de Ferran Gallego y las mías propias: que la guerra civil no fue un momento histórico sin importancia, sino que para la “experiencia fascista” (según afirma él) o para “cultura

política” (según afirmo yo) de los españoles, fue un momento decisivo. Esbozaremos algunas matizaciones más adelante sobre este punto. Pero ambos pensamos que constituyó un momento político único, que condicionó de forma excepcional las actitudes políticas de los partidarios del franquismo. Ambos –junto con un buen número de historiadores– parecemos alejarnos de la historiografía que concibe la guerra como una contienda planteada desde las élites y que, tanto en la retaguardia como en las trincheras, no logró politizar ni movilizar a la población, sin por tanto alterar la cultura política de unos y otros; algo que, por otro lado, no encajaría demasiado con los orígenes sociales, culturales y políticos del conflicto bélico. Como bien sostiene Ferran Gallego, la experiencia de la guerra fue así una “vivencia personal incluida en un movimiento colectivo”, una vivencia “atestiguada por mitos asumidos, creencias compartidas, doctrina estimulante e ideología a la que se le debe lealtad” (p. 6). La guerra fue por tanto un momento mítico, que por su carácter rupturista y excepcional – en sus dinámicas y consecuencias–, marcó un antes y un después en la Historia de España, e hizo del franquismo un régimen nuevo e inédito hasta entonces (“parafascista” para mí, “fascista” para Ferran Gallego).

Tercero. Ferran Gallego parece negar el “camino particular” de España en la Historia, acercándolo al curso histórico de otros países europeos. Hay, por tanto, que estudiar la experiencia española “insertándola en la europea” (p. 5). Coincidimos también. Los especialistas en la historia alemana recorrieron este camino hace tiempo con la esperanza de explicar por qué brotó el nazismo en dicho país, y también terminaron descartando ese *Sonderweg* para Alemania (Eley, Blackburn, entre otros). Afirmar la excepcionalidad histórica de la guerra civil y del franquismo puede ser peligroso porque parece excusar al historiador de contextualizar la realidad española, tanto en el espacio como en el tiempo. En el espacio, porque nos hace renunciar a cualquier explicación basada en la interrelación de los sujetos y su contexto. Sería difícil sostener que los caminos europeos del fascismo no influyeron en el espacio hispano durante la guerra y el franquismo cuando, como mínimo, sabemos que nuestro primer tercio del siglo XX no se entiende sin cuestiones como, por ejemplo, la Revolución de 1917, la subida de Mussolini al poder, la crisis de 1929, la creación de una derecha “moderna”, etcétera. Pero pensar la guerra civil y el franquismo como algo excepcional

desde el punto de vista temporal también es desacertado. Es sólo mirar a la primavera de 1936 o, como mucho al periodo republicano, para explicar los orígenes de la misma y, por tanto, su unicidad respecto a lo sucedido en Europa. En la guerra de 1936-1939 cristalizaron muchos de los problemas y conflictos que atenazaban a la sociedad española –y europea– desde periodos precedentes.

En cuarto lugar, ambos parecemos renunciar al “fascismo genérico” trazado por Roger Griffin para estudiar el caso hispano (e incluso cualquier fascismo). Griffin realiza un esbozo “perfecto” de lo que fue el fascismo, donde delimita sus características y fines. Pero tan perfecto y acabado que a veces causa la impresión de ser una herramienta conceptual desgajada del contexto y de la experiencia histórica. Tanto que, incluso, parece crear un fascismo-tipo en el que, aplicado a rajatabla, ni el caso alemán ni el italiano encajarían perfectamente. Su esfuerzo intelectual es desde luego útil para promover la reflexión y el debate académico, pero quizá no tanto para el estudio de las diversas realidades históricas concretas de aquella Europa. Compartimos por tanto la necesidad de remitirnos al estudio del proceso histórico, analizando a los hombres más en su movimiento que en los conceptos creados para ellos. Apostamos por ceñirnos a casos concretos en su devenir histórico, como el franquismo en el caso español. Esta idea, que sirve a Robert O. Paxton para caracterizar y estudiar el fascismo, es quizá asumida con más firmeza por Gallego Margalef que por mí mismo. Señalaremos algunas cuestiones sobre este punto al hablar de nuestras discrepancias.

En quinto lugar, Ferran Gallego parece aceptar una de las tesis fundamentales de mi artículo: que existió una renovación del personal político en todas las esferas del “Nuevo Estado” (el grado de dicha ruptura puede discutirse o matizarse en cada ámbito institucional o regional). Para el reclutamiento de esos nuevos hombres jugó un papel fundamental la experiencia de la guerra civil en la que, a través de su participación activa en la lucha, su compromiso en la retaguardia, o el sufrimiento de la represión republicana, la cultura política de estos hombres fue reforzada y reafirmada, generando una cohesión en torno a la victoria y a su recuerdo. Pero además, coincidimos en el destacado papel que Falange Española Tradicionalista y de las JONS jugó “en la

construcción del nuevo régimen” (p. 3). Nuestra discrepancia respecto al partido único parte de su propia naturaleza, a la que también más adelante dedicaremos unas líneas.

2. Discrepancias en torno a la caracterización del franquismo como fascismo

Nuestras divergencias radican, especialmente, en mi concepción del franquismo como un régimen parafascista y no plenamente fascista (en una línea historiográfica que encabezó en España Ismael Saz hace tiempo). Con “parafascista”, término empleado por otros historiadores no sólo en España, sino también en la historiografía europea (A. Kallis, R. Griffin, M. Feldman, entre otros), pretendo señalar que el franquismo fue algo nuevo frente a épocas precedentes, un régimen que se imbricó de las características del fascismo y que las asumió en parte. Y desde el punto de vista de los individuos, no sostengo en ningún momento que no hubiese fascistas en España. En cambio, para Ferran Gallego y para otros historiadores, el franquismo sí fue un régimen fascista. A partir de esta discusión conceptual se desgranar las posibles discrepancias entre las dos posturas.

Que en esta réplica aborde las discrepancias con posterioridad a las coincidencias no es casual: considero que son más cuestiones lo que nos unen que las que nos separan. Y digo esto no sólo desde el punto de vista cuantitativo, sino también cualitativo: pienso que la utilidad del debate que sostenemos, la concepción de la guerra civil como una experiencia única y vital, la inexistencia de una especificidad española alejada de la europea, la necesidad de estudiar los regímenes en su proceso históricos, la renovación del personal político franquista, o el importante papel que jugó Falange en la implantación y consolidación del “Nuevo Estado” son cuestiones capitales para entender el franquismo. Por el contrario, pienso que nuestra divergencia radica no ya en si el franquismo fue fascista o parafascista, sino en realidad en qué fue el propio fascismo.

La concepción que Ferran Gallego tiene del fascismo difiere de la mía. El concepto histórico empleado condiciona, así, las conclusiones. Tanto es así que, tengo que recocerlo, si abrazase la definición del fascismo que él enarbola, estaría de acuerdo

en todos y cada uno de sus planteamientos. Sus argumentaciones, siempre partiendo de una forma de entender el fascismo y de estudiarlo, están trabadas de forma firme y convincente.

Si se me permite el atrevimiento, creo que la concepción del fascismo asumida por Ferran Gallego bebe de los trabajos de historiadores como Robert O. Paxton, entre otros (decimos atrevimiento porque no lo cita en su réplica). No lo hace, o por lo menos no parece hacerlo tanto, de los trabajos de historiadores como George L. Mosse, Emilio Gentile o el propio Roger Griffin en los que, por el contrario, se perfila una caracterización diferente y que, al menos en una parte, asumimos (no es éste el lugar de delimitar exactamente mis coincidencias y diferencias con esta línea historiográfica). Una concepción del fascismo estudiado “desde dentro”, focalizado especialmente en el caso alemán e italiano, que presta especial atención a sus componentes culturales, a sus discursos, a sus programas revolucionarios, a sus mitos y a sus ritos; una visión del fascismo como revolución en la que la cultura es un elemento esencial para configurar el fenómeno en la Europa de entreguerras. El empleo de dos visiones diferentes del fascismo condiciona, como si mirásemos con distintas lentes a la realidad, no tanto los resultados de nuestras investigaciones, sino la interpretación y la conceptualización que hacemos de ellos. Pasamos rápidamente a desgranarlas.

Ferran Gallego niega cualquier componente revolucionario en el fascismo, entendiéndolo más bien como responsable de una “contrarrevolución” (término que emplea varias veces). Por eso cuestiona mis palabras cuando sostengo que el franquismo no fue un régimen fascista porque, al analizar el personal político, ni siquiera los falangistas intentaron en ningún momento llegar a hacer una revolución (p. 27), o también cuestionaría que no detecte en aquellos hombres objetivos palingenésicos ni el ansia de crear un “hombre nuevo”, objetivos perseguidos por la revolución cultural que el fascismo quería llevar a cabo, como han señalado Griffin o Gentile (entre otros). Pero yo sí estaría de acuerdo con Gallego Margalef si yo también constriñese el fascismo a sus fines contrarrevolucionarios porque el franquismo, en efecto, llevó a cabo una brutal contrarrevolución en diversos planos, como pudo ser el

caso del mundo rural hispano, la esfera de las relaciones laborales, los derechos políticos o la moralidad (con un largo etcétera).

Parece desprenderse de la réplica del profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona que tampoco considera que los regímenes fascistas desearan ni consiguiesen movilizar a la población ni mantenerlos en una posición política activa. Por eso tampoco puede estar de acuerdo cuando sostengo que el franquismo, salvo en la guerra civil, no adoptó políticas movilizadoras ni consiguió movilizar a las masas. Advertimos: sí estimo que durante la guerra el naciente estado rebelde y sus hombres trataron de mantener a la población activa, fomentando mítines, discursos, manifestaciones y demás movilizaciones en la retaguardia y en el frente; pero cuando la guerra llegó a su fin no lo hizo y, también, no lo logró como había logrado hacerlo durante el periodo bélico; aunque, evidentemente, sí adoptó políticas dirigidas a ampliar y a satisfacer sus apoyos sociales (la gestión del hambre y la política agraria autárquica son buenos ejemplos de ello).

Desde el punto de vista metodológico, Ferran Gallego insiste en estudiar el fascismo en su “experiencia histórica”, en movimiento, en el proceso histórico, más allá de su fisonomía ideológica perfecta; por ello extiende su análisis a lo que pudo ser el franquismo desde sus orígenes fascistas hasta después de su implantación. No puede por tanto estar de acuerdo, tampoco, con mis afirmaciones limitadas a la guerra civil y especialmente a un momento concreto de la institucionalización y consolidación del régimen franquista; de hecho, discrepa de los debates italianos sobre estudiar el fascismo como “movimiento” o como “régimen”, (p. 23) seguramente porque para su concepción del fenómeno resulta en el fondo indiferente.

La concepción del fascismo que tiene Gallego Margalef insiste especialmente en los fines, en los objetivos últimos que estos movimientos políticos perseguían. Es así como se explica que preste poca atención a cuestiones como la propaganda, los ritos, los mitos o a las veleidades revolucionarias. Lo relevante son los resultados, la contrarrevolución que pretendía llevar a cabo. Entresacamos una frase de su réplica, aún a riesgo de descontextualizarla: “lo que es relevante en el fascismo no es su aparición como doctrina, sino el punto de llegada de su conversión en un movimiento

representativo del conjunto de la contrarrevolución” (p. 20). Toda la apariencia, toda esa estética, parece una mera “estrategia” adoptadas por estos regímenes para conseguir sus fines (en este sentido son ilustrativas sus originales reflexiones que vierte sobre el fascismo y el comunismo). Parece subrayar la idea de aquella “misión histórica” del fascismo a la que aludió en su momento Julián Casanova, como la cuestión fundamental a la hora de definir el fascismo, centrando el análisis en los resultados que sus políticas produjeron en la sociedad. Otra vez, si asumo esta concepción del fascismo, no puedo más que adherirme a los planteamientos de Gallego y a la corriente historiográfica que representa. Pero si abrazo una visión más, si se me permite, “cultural” del fascismo, asumiendo sus proclamas y su ideología no como una mera pantalla propagandista que, a modo de máscara, puede quitarse y ponerse en un momento y otro para conseguir unos determinados fines, la cuestión es más compleja y el apelativo de “fascista” se aleja algo del franquismo. Además, si no atendemos a esa esfera en nuestro análisis histórico, corremos el riesgo de renunciar a obtener muchas respuestas para saber y explicar por qué el fascismo –y también el franquismo– lograron un apoyo social destacado y configuraron las bases sociales que le hicieron llegar al poder y mantenerse.

Hay otro aspecto en el que nuestras posturas también divergen: Falange Española Tradicionalista y de las JONS (p. 3). ¿Fue un partido fascista? Ferran Gallego así lo considera desde el comienzo de su existencia, pero también después del golpe del 18 de julio de 1936. Yo nunca lo he dudado hasta el golpe de estado, si bien señalo que a partir de entonces la afiliación masiva y el Decreto de Unificación de abril 1937 desnaturalizaría su esencia originaria, convirtiéndose en “lo más fascista del régimen” y en el partido de la experiencia de la guerra civil. Y es aquí donde se inserta una reflexión de Gallego, especialmente original y sugerente, en la que demuestra las contradicciones y heterogeneidades que existieron dentro de Falange o del propio régimen nazi, señalando que en ningún momento considera que el fascismo fuese “una sola cosa”, sino que resalta su capacidad para “agregar elementos”, sintetizando todas las posibles contradicciones (p. 36). Visto bajo este prisma, eso fue Falange y la experiencia de la guerra civil para muchos españoles: el crisol en el que se acuñó el franquismo, con toda su diversidad pero con unos objetivos que los cohesionaban. Otra vez coincidimos en el proceso y en el resultado. Si bien discrepamos en el concepto:

porque si tomamos el fascismo como algo más concreto y homogéneo y lo definimos mediante unas características comunes, gran parte de las derechas fascistizadas quedarían fuera del recipiente que lo contiene, alterando por tanto la sustancia guardada bajo la misma etiqueta de “fascismo”.

Hay otra cuestión que quiero señalar, y que no es tanto una discrepancia, sino más bien una aclaración en nuestras posturas. Ferran Gallego advierte sobre la necesidad de no separar el 18 de julio de lo que sucede en Europa y del fascismo mismo. No creo que yo lo haga: no considerar el franquismo como fascismo no implica, necesariamente, no tener en cuenta las obligadas influencias provenientes de Europa o el fenómeno fascista en sí mismo. De hecho, los planteamientos que asumo no se explican sin el componente europeo y, tal como insisto una y otra vez, y como pudo suceder en otros países como Portugal, Austria, Hungría y Rumanía (por citar algunos), la deriva antidemocrática de nuestro país no puede entenderse sin la influencia del fascismo y la fascistización de las derechas españolas durante la II República y la guerra civil.

Nuestra percepción sobre el franquismo está condicionada porque las perspectivas metodológicas que adoptamos el profesor Gallego y yo mismo son distintas. A nuestro humilde juicio, pensamos que sus visiones adoptan una óptica “desde arriba”. Conoce a la perfección –y tal vez como ningún historiador español- la forja del pensamiento político fascista, su desenvolvimiento en la guerra o después de 1939 (*El evangelio fascista. La formación de la cultura política del franquismo, 1930-1950*, 2014, es buena prueba de ello). También maneja con soltura la historiografía europea del fascismo escogiendo, es cierto, una interpretación determinada del mismo. Por mi parte, apelo en el artículo a centrar nuestra atención en las personas más corrientes, en las actitudes individuales, fijando nuestra lente en el marco de lo local, de lo pequeño, de lo cotidiano. Inteligentemente, Gallego aduce que lo que une y complementa nuestras visiones son los discursos nacionales que él analiza y que “atravesía y da sentido a las experiencias locales”. Y, bajo mi punto de vista, no le falta razón, pues la concepción de la nación, de su interpretación de la historia y de lo que debía ser el futuro fue el elemento fundamental para cohesionar al bando rebelde y a los

partidarios del franquismo. Pero por otro lado desconfío de un encaje tan perfecto. Especialmente porque sabemos que el problema de las ideas, de los conceptos y de las ideologías es, en el proceso histórico, cómo son recepcionadas, acogidas e interpretadas por los sujetos que las reciben. Y más aún cómo pueden condicionar sus comportamientos. Corremos el peligro de asumir que, en la elaboración de esos conceptos de los que ellos mismos participaban, los sujetos históricos que se encontraban alejados de la pluma falangista (o franquista, si se prefiere), no jugaban ningún papel. Por ello son necesarias investigaciones locales en las que, a la luz de las evidencias arrojadas por algunos historiadores y mis propias investigaciones, no vemos reproducidos de forma generalizada ni más allá de la guerra civil ni ese lenguaje, ni esos conceptos, ni esa ideología.

Casi al final de su réplica, Ferran Gallego expone unas interesantes reflexiones sobre las políticas sociales del fascismo. Recuerdo que en el seminario celebrado en Barcelona en la primavera de 2013 ya estuvimos discutiendo de este tema, e incluso sostuvimos una fructífera correspondencia por correo electrónico. A mi juicio, la política social del fascismo no pretendía, ni en ningún momento he querido plasmar esa idea, mejorar la vida social de los trabajadores. La política social de los regímenes fascistas no se puede entender sin su discurso nacional, al que en teoría quedan sometidos todos los intereses individuales. Y en este ámbito, otra vez nos encontramos ante dos cuestiones: los discursos y los hechos; los programas y las acciones; las teóricas aspiraciones y los resultados. No puede negarse que, en cuanto a los discursos, programas y propaganda, nazismo y fascismo emplearon un discurso nacionalista vinculado a lo social, en el que podían integrarse todos los grupos sociales (salvo, claro está, la población judía en Alemania y, a partir de las leyes raciales de 1938, en Italia). El franquismo lo hizo poco: en lo social enarboló un discurso más bien paternalista que siempre marcaba una clara diferencia entre las dos Españas, la vencedora y la vencida. En la otra esfera, respecto a los hechos, Ferran Gallego alude a las alianzas de Hitler con las clases altas, bajadas de salarios, etc. En el caso del fascismo italiano también se produjeron, pero también se desarrollaron políticas en muchos casos inéditas que podrían ser calificadas como “sociales” o que pudieron tener un impacto nada desdeñable en lo social, tanto por sus efectos como por los que la propaganda pudo generar en las

actitudes políticas de la población: las políticas sociales vinculadas a la *bonifica integrale*, las políticas de precios determinados productos agrarios, las políticas de encuadramiento femenino como las *massaie rurali*, los programas de ocio y tiempo libre patrocinados por la *Opera Nazionale Dopolavoro*, etc. En el franquismo, muchas de estas iniciativas o no se pusieron en práctica o tuvieron un efecto bastante limitado, dirigiendo sus políticas a beneficiar especialmente a los grupos sociales más acomodados e intermedios; siempre claro está, que perteneciesen al bando de los vencedores.

Finalmente, quiero terminar con una reflexión relativa al curso de la historiografía sobre el franquismo en España. Según Gallego Margalef, rechazar que el franquismo fuese fascismo se ha convertido en un “hecho consumado, una actitud que ni siquiera precisa de justificación –sustituida por meras enunciaciones axiomáticas–” (p. 12). Puede discutirse la precisión conceptual de algunos trabajos a la hora, por ejemplo, de definir el término “parafascista”. Pero no son pocos los estudios sobre la guerra civil y el franquismo que, a escala local o regional, indagan sobre la llegada del “Nuevo Estado”, sus características, sus políticas o sus resultados. Trabajos como los de Julián Sanz para Cantabria, Javier Tébar para Barcelona, Damián González-Madrid para toda Castilla-La Mancha, Óscar Rodríguez Barreira y Antonio Cazorla para Almería (este último incluso dispone de algún trabajo ilustrativo a escala nacional), Daniel Lanero para las Hermandades de Labradores en Galicia, Ana Cabana para las actitudes políticas en el agro gallego, Claudio Hernández Burgos sobre todo el franquismo en Granada, Jordi Font sobre el noreste de Cataluña, o los míos mismos sobre Andalucía Oriental, entre otros, pueden ser prueba de ello. Estas investigaciones son relevantes porque muestran al franquismo en funcionamiento a escala local o regional. Recurren a archivos, material hemerográfico y entrevistas orales, escribiendo una historia desde abajo y complementando a la historia desde arriba. Nos muestran un franquismo diferente, con rostro más humano, alejado de los escritos de los primeros espadas del falangismo o de la cultura oficial del régimen.

3. Reflexiones finales

Concluyo retomando las últimas palabras de la réplica del profesor Gallego: es necesario atestiguar que el fascismo y su época existieron. Confieso que me agrada otorgar de esta utilidad al oficio del historiador, vinculándolo con un compromiso social y con unos valores democráticos que debemos defender y ensanchar. En este sentido, Ferran Gallego acierta cuando advierte sobre los peligros de olvidar el fascismo o caracterizar un fascismo “duro” u otro “blando”. Supondría, como alude al referirse al ejemplar Tim Mason “arrebatar la historia a quienes sufrieron aquella experiencia, usurparles esa ‘segunda oportunidad’” (p. 9).

Comprendiendo –y compartiendo- esta necesidad y esta función social del historiador del fascismo pienso que, siendo necesaria, lo más importante no es la caracterización de un régimen como fascista o como parafascista. Como cualquier lector puede atisbar en este debate y como he tratado de demostrar a lo largo de esta réplica, nuestras discordancias radican en la concepción que podemos albergar sobre qué fue el fascismo. A partir de ahí derivan nuestras diferencias sobre la caracterización del régimen franquista o del partido único. Algo que, insisto, aún siendo importante no me parece lo más relevante. Lo más decisivo son una serie de reflexiones –expuestas en el primer epígrafe- que explican cómo se conformó y se consolidó el régimen del general Franco y en las que coincidimos. Porque la función última del historiador reside más en explicar lo sucedido y en echar la vista atrás, ofreciendo narraciones del pasado que aporten conocimiento crítico, que en conceptualizar. Y esto cobra aún más sentido cuando, como sabemos, nuestra utilidad social radica en comunicar a la sociedad un relato del pasado lo más completo posible.

Estudiar los regímenes antidemocráticos de la Europa de entreguerras nos acerca a ese objetivo. Y nos referimos a estudiarlos en su realidad concreta: cómo llegaron al poder, cómo se consolidaron, cuáles fueron sus políticas y cuáles sus funestos efectos. Si hacemos esto, como muchos historiadores han hecho con el franquismo en sus más diversos ámbitos, obtendremos un dibujo cada vez más completo de todo lo que fue y de lo que, por cierto, hoy no queremos ser. Nos preocupa, en este sentido, más el contenido del lienzo de pasado que miramos, con su complejidad, sus tonos variados y sus matices, que el título que pueda llevar.

A veces da la impresión de que sostenemos el término fascista preocupados de aprender de sus brutalidades, de las ruinas que dejó a su paso y recordarlo. Pero personalmente me preocupa más conocer, en cada caso, qué sucedió realmente. Sobre todo porque un régimen no tiene por qué ser más terrible por el mero hecho de llevar el apelativo de fascista. Si así lo hacemos, descargaríamos de una cierta responsabilidad a un buen número de regímenes europeos de aquellos años que, según algunos historiadores, no pueden ser tildados de puramente fascistas aunque sí fueron fuertemente influenciados por el fascismo. A mi juicio, el franquismo fue uno de ellos y, como sabemos, tuvo el dudoso honor de ser uno de los regímenes más violentos contra su propia población en aquellos años. Pese a que abogue por caracterizarlo de parafascista, no estoy definiéndolo como menos brutal o más amable: porque la realidad de lo que fue reside más en la recuperación histórica de sus acciones y consecuencias que en la conceptualización del mismo.

Ello no quiere decir, evidentemente, que sea fútil o vano debatir sobre la caracterización del régimen. De ningún modo. Es esencial para promover el pensamiento y la reflexión histórica, contribuyendo a abrir nuevos caminos en el conocimiento y estudio de un pasado que no nos es grato. Como también he querido demostrar, más allá de la caracterización del franquismo, compartimos y sostenemos algunas cuestiones fundamentales para comprender no sólo la guerra civil y el franquismo, sino también algunos aspectos relativos al periodo de la II República (la concepción de Ferran Gallego del proceso de fascistización durante el régimen de 1931 es un buen ejemplo). Leer la réplica del profesor Gallego me hace pensar que nuestras posturas son, en lo esencial, más complementarias que opuestas. Quizá no lleguemos a un acuerdo sobre la caracterización del franquismo. Pero no me cabe duda que caminamos juntos hacia el mejor conocimiento de su nacimiento, conformación, consolidación y consecuencias. Nuestro debate es, a mi juicio, buena prueba de ello.